

390

EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS

6

LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES

EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS

ó

LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES

AUTO SACRO

EN TRES ACTOS Y DIECISEIS CUADROS Y EN VERSO

original de

Adelaida Muñiz y Más y José de la Cuesta

Música del maestro T. F. Grajal

Estrenado con gran éxito en el «Teatro del Príncipe Alfonso»
en la noche del 24 de Diciembre de 1892.



MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA DE J. DUCAZCAL

Plaza de Isabel II, núm 6

1893

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de la Administración Lírico-Dramática y Teatro Cómico de los Sras. ARREGUI y ARUEJ, y del Teatro, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos.

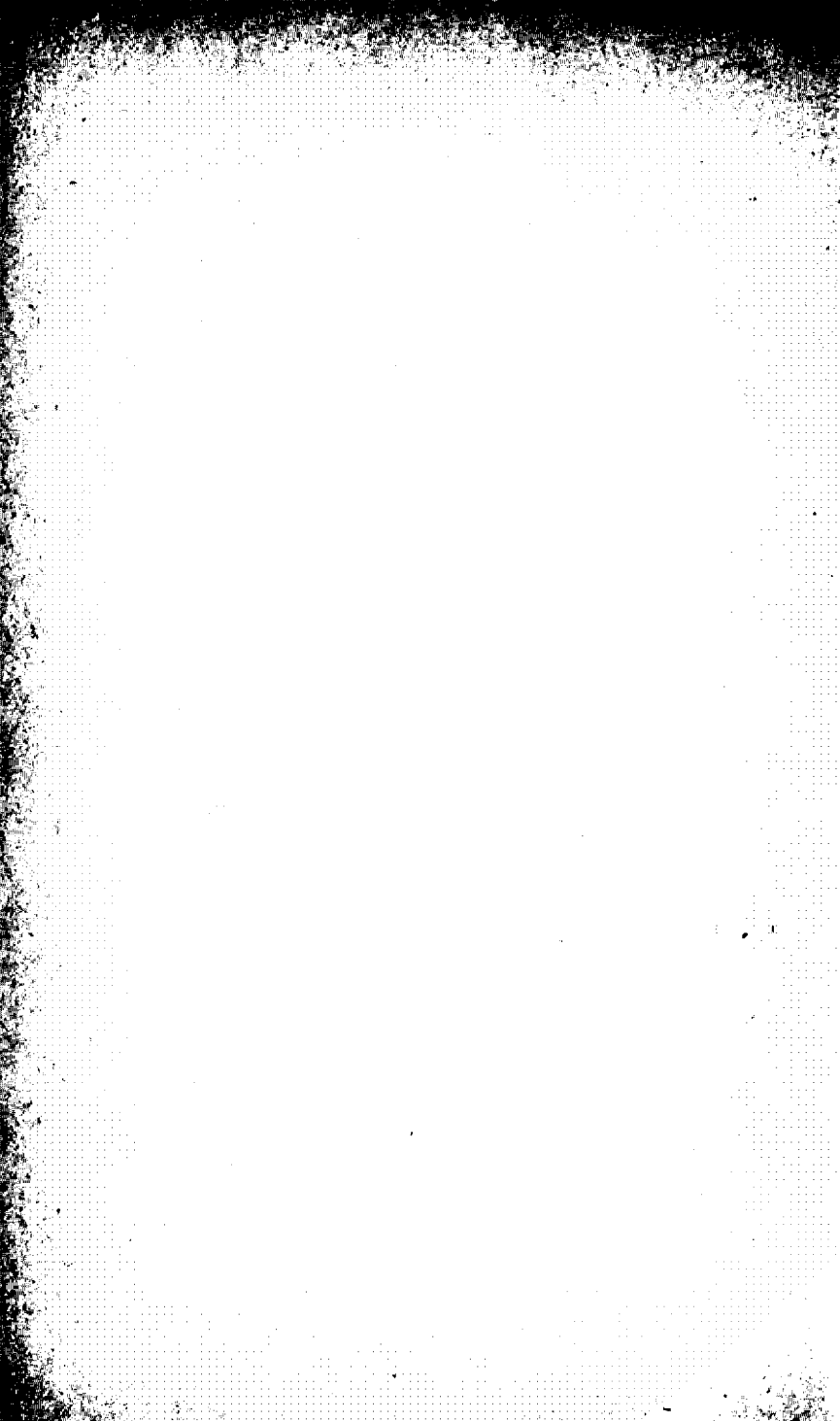
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

A S. M. el Rey

DON ALFONSO XIII

tienen el honor de dedicarle
esta obra

Los Autores.



PERSONAJES**ACTORES**

MARIA.....	SRTA. BAJATIERRA.
SANTA ANA.....	SRA. VARGAS.
EL ARCANGEL SAN MIGUEL.	SRTA. FERNÁNDEZ.
EL ARCANGEL SAN GABRIEL.	» BRAVO.
REBECA	» ANAYA.
GILA.....	» OBETE.
MENGA	» CAMPOS.
SAN JOSE.....	Sr. GÓMEZ.
SAN JOAQUIN.....	» CAPILLA.
EL REY MELCHOR.....	» IDEM.
SIMEON.....	» GARZA.
EL REY GASPAR.....	» IDEM.
BATO	» HIERRO.
LUZBEL.....	» CABEZA.
JUSEPE.....	» SOLANS.
BENJAMIN.....	» ALONSO.
EL MESONERO.....	» LAPUENTE.
EL REY BALTASAR.....	» IDEM.
EL CENTURION.....	» ALARCÓN.
PASCUALILLO.....	NIÑA CARMEN GARCÍA.

Pastores y pastoras, doncellas judías, soldados romanos,
diablos y pueblo.

INDICADOR

*de trajes y efectos de guardarropia y atrezzo que deben
emplearse para esta obra.*

- MARIA.—Túnico morado y manto azul celeste. Rostrillo.
SANTA ANA.—Túnico marrón oscuro. Manto azul,
oscuro también.
EL ARCANGEL SAN MIGUEL.—Mallas de carne. Cal-
zadillo de lujo. Peto y faldetas azules con adornos pla-
teados. Alas azules y diadema. Cinturón dorado.

EL ARCANGEL SAN GABRIEL.—Mallas de carne. Calzadillo blanco, de lujo. Peto y faldetas blancos, con adornos dorados. Alas blancas. Cintillo dorado. Cinturón blanco y dorado.

REBECA, MENG A Y GILA.—Falda corta, azul, marrón ó café, y pellejas. Calzadillos.

ZAGALAS.—Igual traje.

BATO, JUSEPE, BENJAMIN y PASCUALILLO. — Mallas de carne. Calzonetas de color marrón. Pellejas y calzadillos.

PASTORES.—Traje igual al de BATO.

SAN JOSÉ.—Túnico morado. Mantolín de color de naranja. Calzadillos.

SAN JOAQUIN.—Túnico morado. Mantolín verde. Calzadillos.

LUZBEL.—Traje de Mefistófeles.

DIABLOS.—De capricho.

SIMEON.—Traje de gran sacerdote.

VIRGENES.—Túnicos de los colores morado, verde, azul y marrón, indistintamente. Manto blanco.

EL CENTURION.—Traje de soldado romano, de lujo. Calzadillos.

LOS REYES.—Túnicos de lujo con cinturones dorados. Mantos largos y adornados.

ESCLAVOS.—Túnicos sencillos.

PASCUALILLO.—Traje de pastor.

PASTORES (partes y coro). — Varas largas para los cuadros *Camino del Templo* y *La Sagrada Ceremonia*. — Garrotas para Bato, Jusepe y Benjamín en los otros cuadros. — Botas de vino, zurrónes y cazuelos para las migas para el final del acto segundo. — Un tridente para LUZBEL y tridentes para los diablos. — Un escudo y una espada flamígera para EL ARCANGEL SAN MIGUEL. — Un candil para EL MESONERO. — Coronas para los Reyes. — Las cajas de las ofrendas y el pebetero. — Zambombas, panderos, gaitas, tambores para el coro.



ACTO PRIMERO

CUADRO I.—Las pretensiones de Bato

Selva.—Algunos practicables en el fondo para que en ellos, si lo crea conveniente la dirección de escena, aparezcan ovejas y carneros.—
Pastores y Zagalas distribuidos en los practicables y en los primeros términos de la escena y formando grupos

ESCENA PRIMERA

REBECA, GILA,
BATO y JUSEPE, PASTORES y ZAGALAS

MÚSICA

CORO

Hermosa es la mañana.
risueño nace el día;
de paz y de alegría
anuncia el despertar.

Los sonos del rebaño
que pace en la espesura,
de plácida ventura
convidan á gozar.

—
Del prado ameno,
las frescas galas,
paz venturosa

dan al pastor.
 Sólo los ojos
 de las zagalas
 la calma roban
 con su fulgor.
 Más que la aurora
 de la mañana
 cuando comienza
 luz á irradiar,
 es el cariño
 rosa temprana
 que el fresco cáliz
 abre al amar.

HABLADO (1)

BATO. Ea... basta de cantares
 y á pascar el ganado.
(Dirigiéndose á un pastor.)
 Blas, encárgate del mío.
 Yo me quedo.

(Se van retirando con el ganado pastores y zagalas por derecha é izquierda. Bato queda pensativo en el centro de la escena. Breve pausa.)

JUSEPE. Estoy pensando
 en que desde hace algún tiempo
 noto que estás preocupado,
 y no me explico la causa.

REBECA. Yo también observo en Bato
 cierta cosa inexplicable.

GILA. ¡Está triste y cabizbajo,
 come poco y duerme menos.

REBECA. ¿Y beber? ¡Era un borracho
 y ahora ya no prueba el vino!

JUSEPE. Pues me sorprende ese cambio,
 porque antes, ya se sabía,
 pasaba la vida á tragos.

REBECA. Vamos, cuéntanos tus penas.

(1) La colocación de las figuras en esta escena, terminado el coro, debe ser la siguiente: BATO en el centro, á su derecha JUSEPE y á su izquierda REBECA primero y después GILA

no seas tan reservado.

(Continúa Bato pensativo.)

GILA. ¿Qué tienes, hombre, qué tienes?

BATO. (No sé lo que hacer. Si callo, van á matarme á preguntas.)

JUSEPE. ¿Con que hablas, ó no?

BATO. *(Resueltamente.)* Sí, hablo.

(Breve pausa.)

Es un secreto importante.

Oídme:

REBECA. Atentos estamos.

BATO. Hace diez ó doce días que estaba yo descansando al pie de un árbol frondoso, por su sombra cobijado, cuando vino á despertarme un rumorcillo cercano, que yo imaginé, al principio, ser de una avispa ó de un tábano. Después me dió en la nariz un olor endemoniado, y por último me dieron en la espalda tal pinchazo, que me levanté al momento con dolor y con espanto. La embestida de un carnero. O la cornada de un macho. No, por cierto: ¿no sabéis quién turbaba mi descanso con los cuernos?

REBECA. No sabemos.

BATO. *(Misteriosamente.)*

Pues el mismísimo diablo.

(Hacen Rebeca, Gila y Jusepe un movimiento de espanto.)

¿Luzbel dices?

JUSEPE. Sí, Luzbel.

BATO. ¿Qué suceso tan extraño!

GILA. ¿Y sabéis lo que me dijo?

BATO. Pues que yo era designado para esposo de María, porque de ella era el encanto;

que estaba loca por mí
y que tenía el encargo
de decírmelo en su nombre;
que calabazas ha dado
á cuantos la han pretendido,
pues la pobre está esperando
que me compadezca de ella
y le dé mi blanca mano.
¿Y crees tú lo que te ha dicho?
¡Pues no he de creerlo!

REBECA.

BATO.

JUSEPE.

Bato.

no seas necio y no te fíes
de los anuncios del diablo.
Mira que te ha conocido
y de ti se está burlando.

BATO.

Hay momentos en que dudo;
mas después no juzgo extraño
que María esté prendada
de mí, porque yo soy guapo,
y no hay en toda la tribu
otro pastor más gallardo.

(En díticamente.)

Mi gentileza y donaire
deben haberla encantado.

(Breve pausa.)

¿Qué, no opináis como yo?
Peschi!

JUSEPE.

REBECA.

BATO.

¡Peschi!

¡Peschi! Hablemos claro.

Por mí está muerta Rebeca,
Menga se me ha declarado,
me solicita la Blasa,
me persigue sin descanso
la cuñada de Jusepe
y me enamora á diario
la hermana de Benjamín,
y la prima del Mozango,
y la sobrina del Quino,
y la novia del Pelado,
y se encela la Gruñona,
y me dan muy malos ratos
la Bisoja, la Chepuda,

la del Tuerto, la del Manco,
 la que tiene poco pelo,
 la que se lo deja largo,
 la Mellada, la Dentona,
 la del Negro, la del Jaro,
 la que no tiene una cabra,
 la que tiene más de un macho,
 y, en fin, que para dar gusto
 a todas en el reparto,
 fuera preciso que yo
 me hiciera dos mil pedazos.

REBECA.

No debes tener abuela.

BATO.

Ni la tuve nunca.

JOSEPR.

Vamos,
 es que tus padres nacieron
 de la nada...

GILA.

O por milagro.

REBECA.

Debió de ser de la nada,

BATO.

y por eso... *nada* es Bato.
 Pues tú, mejor que ninguna,
 sabes que soy un dechado
 de talento.

REBECA.

De simpleza.

BATO.

De virtudes.

REBECA.

De pecados.

BATO.

De prudencia.

REBECA.

De torpeza.

BATO.

De la verdad.

REBECA.

Del engaño.

BATO.

De candidez.

REBECA.

De malicia.

BATO.

Lo más bueno.

REBECA.

Lo más malo.

En fin, que no creo que tiene
 por donde cogerte el diablo.

BATO.

Pues ya ha tenido por donde
 cogerme y me hizo gran daño.

JOSEPR.

Por la espalda.

BATO.

Por la espalda;
 pero un poco más abajo
 por esa parte del cuerpo
 con que todos nos sentamos.

REBECA. No mereces otra cosa.
 BATO. No me insultes.
 GILA. Deja á Bato.
 REBECA. Sin pellejo.
 BATO. Muchas gracias.
 REBECA. No las merece.
 BATO. Estimando.
 Poco me importan tus iras;
 los celos te han trastornado,
 la envidia te vuelve loca.
 REBECA. ¿Yo celosa, mentecato?
 ¿Yo envidiosa de María,
 cuando ella no te hace caso
 y estás sirviendo de burla
 á los hombres y á los diablos?
 BATO. Pues habéis de ver muy pronto
 cómo me otorga su mano.
 REBECA. Lo veremos.
 BATO. Lo veremos.
 REBECA. ¿Qué apostamos?
 BATO. ¿Qué apostamos?
 GILA. Vaya, dejáos de apuestas
 y al templo corriendo. Bato,
 porque se acerca el instante
 de salir de dudas.
 JOSEPE. }
 BATO. } Vamos.
 REBECA.. }

CUADRO II.—La casa de María

Casa pobre.—Puerta figurada en el foro.—Telón corto.

ESCENA PRIMERA

MARIA á la izquierda.

SANTA ANA y SAN JOAQUIN, por este orden, á la derecha.

SANTA ANA. ¡Asombrosa profecía!

SAN JOAQ. Dichosa la mujer santa
 que por sus muchas virtudes

pueda un día realizarla.

SANTA ANA. Sigue, María.

MARÍA.

El profeta
al mundo dejó anunciada
la aparición de un Gran Ser.
Señor y Rey de las almas,
que por misterio insondable
y por infinita gracia,
de su sangre preciosísima
por la virtud soberana,
ha de lavar del pecado
toda sombra y toda mancha.
Su Madre, virgen purísima,
candorosa, inmaculada,
como el rayo de la aurora,
como la espuma del agua,
como el crisol en que funde
su blanca luz la mañana,
será Reina de los ángeles,
norte y guía de las almas,
consuelo de los que lloran,
estrella de la esperanza,
estímulo de los fuertes
y amparo de los que caigan.

SANTA ANA. ¡Oh, María, qué misterio
encierran esas palabras!

Dichoso el que su sentido
á comprender alcanzara.

S. JOAQUÍN. ¡Dichoso, sí; mas dejando
interpretación tan alta,
pensemos, hija querida,
en que ya en el templo aguardan
y no debemos tardar.

MARÍA. Vamos, madre, y ante el ara
cúmplase del Ser Supremo
la voluntad soberana.

S. JOAQUÍN. Disponte al punto, María.

SANTA ANA. Eleva al cielo tu alma,
que pronto por tí vendremos.

MARÍA. Espérame en esta estancia.

S. JOAQUÍN. Dios te ilumine, hija mía.

(*La besa en la frente.*)

SANTA ANA. El Señor te dé su gracia.

(*La besa de igual modo.*) (*Vase por la derecha.*)

ESCENA II

MARÍA *sola*

después de algunos momentos de meditación.

¿Por qué á tu sierva has querido
dar un esposo, Señor,
si mi ser nunca he sentido
palpitar estremecido
al impulso del amor?
¿Si ante mí, virginal palma,
nunca se atrevió á llegar
para robarme la calma,
ni consiguió despertar
ecos dormidos del alma;
si humilde siempre quería
mi espíritu consagrarte,
ni ella otra dicha tenía
ni otro bien apetecía
que vivir para adorarte?
¿Si aquí en mi pecho encerraba
ara santa en que adorar
tu imagen solo anhelaba
y en que tu nombre guardaba
para poderlo invocar;
si aquí guardo mis amores,
como en su cáliz las flores
guardan penetrante aroma,
y como bellos colores
el día de la luz toma?
Si ves mi amor inmortal
como el alma donde anida,
y lees, Señor, por igual,
el libro de nuestra vida
en páginas de cristal,
y ves que mi suerte varia,
me hace, por otro camino,
á tus ojos necesaria,

me cambies, no, mi destino
y oye mi humilde plegaria.

(Pausa en que medita.)

Mas si en tu santa bondad
y en tu excelsa majestad
lo tienes dispuesto así,
cúmplase, Señor, en mi,
tu divina voluntad.

CUADRO III.—En lucha con Dios

Decoración infernal ó fantástica.—Telón corto.

ESCENA PRIMERA

MÚSICA

DIABLOS.—CORO.

Aquí estamos reunidos,
convocados por Luzbel
para ir de Dios al templo
y saber qué ocurre en él.

Con satánica fiereza
es preciso ir á humillar
el poder del alto Cielo
y á su gran Rey destronar.

Camine al templo, rápido,
el infernal ejército;
espíritus diabólicos,
lleemos el horror
de la región maléfica
á la mansión angélica
en que con cantos místicos
se glorifica á Dios.

*(Vánse rápidamente, después de un pequeño baile
por derecha é izquierda.)*

CUADRO IV.—Camino del Templo

Selva corta ó telón de casas judías en horizonte.

ESCENA PRIMERA

HABLADO

Salen por la derecha, primero BATO, después JUSEPE, y siguiendo á este BENJAMÍN

JUSEPE. Vamos, Bato, que en el templo un gran contento te espera.

BATO. ¿Qué, pensáis que el agraciado he de ser yo?

BENJAMÍN. Tan de veras.
que vamos solo por verlo y darte la enhorabuena.
(Con orgullo.)

BATO. Verdad es que será justo y lo merezco.

BENJAMÍN. Pues esa es tu suerte. ¡Mentecato, verás qué chasco te llevas!

BATO. Soy el más rico, el que tiene más cabras y más ovejas, el que gasta mayor garbo y luce mejores prendas. En talento ya sabéis que no hay quien ganarme pueda: que pienso...

JUSEPE. *(Sí, como un burro, cuando en el pesebre piensa.)*

BATO. Cierto es que no sé escribir, ni sé distinguir de letras, que tengo un poquillo oscuras y confusas las ideas; que hago reír si pretendo que la gente se enternezca, y cuando intento que lloren

se rien hasta las piedras;
que mi boca es algo grande
y aún mayores mis orejas.
que son pequeños mis ojos
y mi nariz imperfecta;
pero estos no son defectos,
porque todos caen por fuera.

BENJAMÍN.

Pues claro; lo que tú vales
nadie en la tribu lo niega.
Gracioso (de puro tonto)
y hasta grande si te empeñas.

BATO.

Además, ya véis, mi vara
es la más larga y más nueva,
y nada me extrañará
que en un momento florezca.

JOSEPR.

Sin contar con que María
por ti no vive.

BATO.

No creas,
eso que tú ves tan fácil
es lo que á mí más me inquieta.

BENJAMÍN.

¿Cómo, dudas de María?

BATO.

Figúrate; fui á verla,
le solté cuatro piropos
y cuatro frases de perlas,
y ella, en vez de contentarse,
se fué poniendo tan seria,
que salí sin atreverme
ni á saludarla siquiera.

JOSEPR.

Eso prueba que te adora.

BENJAMÍN.

Que de amor la tienes muerta.

JOSEPR.

Ya verás tú cómo cambia
cuando tu vara florezca.

BATO.

(Sonriendo)

¡Que florecerá! ¿No véis
cómo se abre y colorea?

JOSEPR.

Sí. (Cuando á las calabazas
les salga pelo).

BATO.

Así sea.

JOSEPR.

¿Pero no vienes al templo,
Bato? ¿vienes ó te quedas?

BATO.

Me quedo.

BENJAMÍN.

Dejémosle,

BATO.

que alguna zagala espera.
 Prefiero ir solo antes que
 con gentecilla como esta.

(Váase Jusepe y Benjamin por la izquierda.)

ESCENA II

BATO solo.

(Paseando cómicamente por la escena.)

¿Que espero una zagala?

No será extraño.

Todas de amor se mueren
 si ven á Bato.

Me llaman feo;

mas sólo es porque tienen
 ellas despecho;

si en el templo la suerte
 hoy me designa

y consigo el esposo
 ser de María,

se mueren todas

y se queda la tribu
 sin una moza.

(Mira hacia la derecha.)

¿No lo dije? Allí viene
 una y me alegro.

Me hablará solamente
 de amor y celos.

¡Pues si es Rebeca!

Quiera el Señor ponerle
 traba á su lengua.

ESCENA III

BATO y REBECA, por la derecha.

REBECA.

¿Qué haces aquí?

BATO.

Ya lo ves.

REBECA.

¿Y abandonas el rebaño
 sin pensar que pueden lobos
 hacer presa en el ganado?

BATO.

Si hace tan solo un momento
 que lo dejé descansando.

- REBECA. Lo que eres tú es un grandul
que aborreces el trabajo.
- BATO. Rebeca... *(Con acento amenazador.)*
- REBECA. Bato... *(de igual modo.)*
- BATO. Que estás
buscando tres pies al gato.
- REBECA. Y tiene cuatro, cual tú;
¿no es eso? ¡valiente bárbaro!
- BATO. Me has llamado *cuadrupédo*
y mira que si me exalto,
te voy á decir...
- REBECA. Acaba.
- BATO. Que lo digo.
- REBECA. Dilo claro.
- BATO. Pues eres...
- REBECA. ¿Qué soy?
- BATO. ¿Lo digo?
- REBECA. Aquí estoy.
- BATO. Muy pronto.
- REBECA. Muy pronto.
- BATO. ¡Qué necia!
- REBECA. ¡Qué tonto!
- BATO. ¿Piensas que te quiero?
- REBECA. Yo nunca, embustero.
- BATO. Ni en tí yo he creído.
- REBECA. Si no te he querido.
- BATO. Si yo no te hablaba.
- REBECA. Si no te escuchaba.
- BATO. Si nada decía.
- REBECA. Si yo no te oía.
- BATO. Amor me brindaste.
- REBECA. Sin duda soñaste.
- BATO. Negarlo no intentes.
- REBECA. Tú mientes y mientes.
- BATO. Jamás he mentido.
- REBECA. Verdad no te he oído.
- BATO. Porque eres muy burda.
- REBECA. Palurdo.
- BATO. Palurda.
- REBECA. Juraste ser mía.
¡Qué gran tontería!
Del Diablo primero.

BATO.	Perjura.
REBECA.	Embustero.
	Me tienes en poco.
BATO.	¡Qué loca!
REBECA.	¡Qué loco!
BATO.	(Jamás cuerda ha estado.)
	Menguada.
REBECA.	Menguado.
	(Si grito se achica.)
	Borrico.
BATO.	Borrica.
	Tan fea.
REBECA.	Tan soso.
BATO.	Patosa.
REBECA.	Patoso.
BATO.	Pastora sin seso.
	Camuesa.
REBECA.	Camueso.
BATO.	¡Qué arpía!
REBECA.	¡Qué fiera!
	Grosero.
BATO.	Grosera.
	Se precia de hermosa.
REBECA.	Horrible.
BATO.	Horrorosa.
REBECA.	¡Qué escarnio!
BATO.	¡Qué mengua!
REBECA.	¡Qué boca!
BATO.	¡Qué lengua!
REBECA.	Su furia me incita.
BATO.	Me voy, que me irrita.

(Simultáneamente.)

BATO.	REBECA.
Adiós, majadera,	Adiós, majadero,
loquilla, embustera,	cobarde, embustero,
traidora, taimada,	zoquete, taimado,
ladina, malvada,	ladino, malvado,
furiosa, sañuda,	furioso, sañudo,
permitan los cielos	permitan los cielos
que te quedes muda.	que te quedes mudo.

(Vase Rebeca por la derecha y Bato por la izquierda.)

ESCENA IV

SAN JOSÉ *por la derecha.*

Con qué inquietud voy al templo
 á que la suerte decida
 el porvenir de mi vida,
 mi bien ó mi eterno mal.
 ¡Mas como pobre y humilde
 lograr podré la ventura
 de llegar á la hermosura
 de ese ser angelical?
 El Eterno que penetra
 hasta el fondo de mi alma,
 ve que no turba mi calma
 la torpe y ciega ambición.
 Sobre ese afecto purísimo
 que Rey de mi ser se ha hecho,
 embarga y llena mi pecho
 y agita mi corazón.
 De tí espero, pobre vara,
 realizar la dicha mía,
 alcanzando con María
 la eterna felicidad:
 brote una flor mensajera
 de purísimos amores
 que mis ensueños mejores
 los convierta en realidad. *(Pausa)*
 Pues al templo me encamino:
 en su recinto sagrado
 tenga mi ser agitado
 un alivio en su aflicción,
 y si indigno de tal dicha
 no me considera el cielo,
 le pido otorgue consuelo
 á mi triste corazón.
(Vase por la izquierda)

ESCENA V

MÚSICA

CORO DE PASTORES Y PUEBLO

Dirijámonos al templo,
que del profeta Isaías
las divinas profecias
pronto se van á cumplir.

Acudan todos los mozos
y las mozas de Judea:
aquél que elegido sea
con María se ha de unir.

—

María, la más hermosa,
la más honesta doncella,
la más pura y virtuosa
de cuantas al templo van,
será, sin duda, elegida
por el Dios Omnipotente,
para que goce en la vida
su santa gloria eternal.
(*Váase por la izquierda.*)

ESCENA VI

HABLADO

LUZBEL *por la derecha.*

Al templo se encaminan esas gentes
pretendiendo matar mis esperanzas
y haciendo de mi inmenso poderío
un sueño, una ilusión, solo un fantasma.
¿Y yo he de consentir que ese Mesías
se proclame al nacer Rey de las almas
trayendo como fuente inagotable
virtudes, fortaleza, fe y plegarias.
promesa, salvación, justicia eterna.

leyes divinas y doctrinas santas?
 No, imposible; mi orgullo no consiente
 que mi grandeza quede así burlada.
 En las inmensas redes del pecado
 la pobre humanidad presa batalla
 y antes que consentir que venga al mundo
 un Redentor que pueda libertarla,
 por medio de esa virgen inocente
 que esposo va á tener hoy ante el ara,
 á ella y la profecía que lo anuncia
 dejará mi rencor aniquiladas.
 ¿Qué promete ese Dios? eterna dicha;
 pero dice también que hay que ganarla.
 No, mientras haya mundo, habra pecados;
 mi reinado es eterno, Luzbel manda,
 y esa grande y sublime profecía
 por mi fiero poder será anulada.

(Mira á derecha é izquierda.)

Mi ejército se acerca: á mi mandato,
 del centro de la tierra surge y salta.
 Seguid á vuestro Rey, que, victorioso,
 os espera del templo en las murallas.

(Vase por la izquierda.)

CUADRO V.—La Sagrada Ceremonia

Templo á todo foro — En el centro el ara.

ESCENA PRIMERA

MARIA, SANTA ANA, SAN JOAQUIN, VIRGENES
 y PUEBLO.

*Las vírgenes y mujeres del pueblo ocuparán la derecha é izquierda,
 formando círculo.*

MUSICA

CORO

Cantemos gozosas,
 oh vírgenes puras,
 la gloria infinita
 de Dios inmortal.

Aquí sus esclavas.
 plegarias entonan
 henchidos los pechos
 de santa piedad.

—
 Al cielo lleguen nuestros acentos;
 vuestras esclavas somos, Señor;
 oid, clemente, las oraciones
 que os enviamos con santo amor.

ESCENA II

DICHOS y SIMEÓN. *que aparezca por el foro lentamente.*

HABLADO

SIMEÓN.

Preces al cielo elevamos
 cumpliendo la profecía;
 ya recogidos oramos:
 ahora tan sólo esperamos
 el enlace de María.
 Cuán feliz y cuán dichoso
 ha de ser el que posea
 con el título de esposo,
 ese ser tan candoroso
 que es orgullo de Judea.
 Pronto la tribu vendrá
 de la ceremonia en pos,
 y muy pronto se sabrá
 á quién la concederá
 la suma bondad de Dios.

MARÍA.

(Se acerca humildemente á Simeón, seguida por Santa Ana y San Joaquín).

Santo amor que en mí es innato
 ha engendrado la humildad
 conque sabéis que os acato.
 Inútil es el mandato,
 sumisa es mi voluntad.

SANTA ANA.

Dios te lo ordena y dichosa
 considérate al cumplir
 como fiel y amante esposa.

MARÍA. Yo no tengo que elegir.
 SIMRÓN. Obedecer nada más
 a Dios, esa es tu misión.
 Gran ejemplo así darás;
 María, pronto sabrás
 del Eterno la elección.

(Se retira Simón al fondo, donde permanece hasta que lo indica el diálogo.— María, Santa Ana y San Joaquín se arrodillan en el segundo término de la derecha.— La masa general forma grupos.)

ESCENA III

DICHOS, BATO, REBECA, JUSEPE,
 BENJAMÍN y GILA

*que entran precipitadamente por la izquierda, el primero de un modo
 ridículo. Siguen el pueblo y pastores.*

JUSEPE. ¿A dónde vas tan deprisa?
 BATO. A entrar el primero.
 REBECA. ¡Digo!

¿Pues qué traes?

BATO. Aquí en la vara
 de flores un paraíso,
 y además...

BENJAMÍN. ¿Qué más?

BATO. Un miedo
 que vale por veinticinco.

JUSEPE. ¿Miedo, aquí?

BATO. Porque al venir
 por esos valles, he visto
 muchas luces encarnadas
 dirigirse hacia este sitio.

GILA. Pues yo también he notado
 cierto resplandor rojizo.

BATO. Por eso he venido en alas.

JUSEPE. De tu miedo, comprendido.

BENJAMÍN. Bato, que estás en el templo.
 Calla y medita.

BATO. Medito
 que ya estamos aquí todos

BENJAMÍN. y que José no ha venido.
 Ese es tan corto de genio.
 REBECA. Tal vez no venga.
 (*Mirando hacia la izquierda.*)
 BATO. Ya vino.

ESCENA IV

DICHOS. SAN JOSÉ *por la izquierda.* luego SIMEÓN.

JOSEPH. Impacientes nos tenías. (*A San José.*)
 SAN JOSÉ. Salud, mis buenos amigos.
 BATO. Ya está aquí el Gran Sacerdote.
 El acto va á dar principio.
 (*Se adelanta Simeón, colocándose á la izquierda del ara.*)
 SIMEÓN. Pues de Dios la majestad,
 en esta santa morada,
 os quiere dar realizada
 la prueba de su bondad.
 Pues quiere que en este día
 su designio se realice,
 por mí á todos os bendice;
 (*Lo hace extendiendo los brazos.*)
 aproxímate, María.
 (*Se acerca ésta á la derecha del ara. Santa Ana y San Joaquín se colocan al lado de María.*)
 SANTA ANA. ¡Hija!
 MARÍA. Madre.
 SAN JOAQUÍN. ¿A qué llorar?
 Si la suerte misteriosa
 te abre una senda gloriosa,
 síguela sin vacilar.
 SIMEÓN. Rogad á la providencia
 que Dios Todopoderoso
 sea el faro luminoso
 de su preciosa existencia.
 SAN JOSÉ. ¡(Quién pudiera poseer
 tanto amor, tanta ventura!)
 BATO. Para mí es cosa segura (*A Josep.*)
 que voy, al fin, á vencer.
 SIMEÓN. Del fondo del corazón,
 elevad vuestra oración

postrados humildemente
y de Dios Omnipotente
esperad la decisión.

(Se arrodillan todos, menos Simón.)

MÚSICA

CORO GENERAL

Postrados de hinojos
á Dos bendigamos,
cantando gozosos
su gloria eternal;
y vea á sus fieles
amantes creyentes
que vienen al templo
su gloria á admirar.

*(Terminado este coro, florece la cara de San José.
Muestranse todos asombrados, y la escena se ilumina
con luz Drumont blanca ó bengala del mismo color.
Continúa la música apianada en la orquesta hasta el
fin del acto.)*

SAN JOSÉ.

¡Oh!

SIMÓN.

¡Prodigio incomparable!

SAN JOSÉ.

Premiaste, Señor, mi fe.

JOSÉPE.

(A Bajo.)

Floreció la de José;
esto sí que es innegable.

SIMÓN.

Venid ahora los dos.

(Se acerca San José á la izquierda del ora.)

José, ¿quieres á María?

SAN JOSÉ.

Yo, con ciega idolatría.

Es la elegida por Dios.

SIMÓN.

(A María.)

¿Y tú quieres ser su esposa?

MARÍA.

¡Ese es mi único anhelo!

SAN JOSÉ.

¡Oh, Dios mío, qué consuelo!

¡Qué suerte tan venturosa!

SIMÓN.

Cúmplase ahora con la unión
estrecha de vuestras manos
los secretos soberanos
del Rey de la creación.

(Se dan las manos derechas María y San José.)

Que El os aparte del mal,
y al haceros venturosos,
descienda hasta los esposos
su bendición celestial.

(Vase al fondo.)—(Se forman grupos.)

SANTA ANA. Hija amada.

MARÍA. Madre mía. *(Se abrazan.)*

Padre. *(Se dirige á él.)*

SAN JOAQUÍN. Que os proteja Dios,
que al ser felices los dos,
lo será también María. *(Forman grupo.)*

BATO. Vamos de aquí sin tardar
que verlos juntos me carga,
y la boca se me amarga.

REBECA. Tienes muy mal paladar.

BATO. Calla, Rebeca, ó te zurro.

¡Me irrita verla con él!

REBECA. Es que no se hizo la miel
para la boca del burro.

JOSÉ. Demostremos la alegría
á los nuevos desposados
con cánticos dedicados
á la dicha de María.

BATO. *(Si vuelve aquel Satanás
que brusco me despertó,
pronto ha de ver que soy yo
tan diablo como él ó más.)*

MÚSICA

CORO GENERAL

Ventura y gloria
Dios les conceda
á los esposos
que unidos van;
cantemos todos
con fe sincera,
pidiendo al cielo
que tengan paz.

(Desfilan en parejas, yendo delante María y San José.)

(Así que todos han desaparecido, se oscurece repen-

namente la escena, y á los reflejos de luz Drumont roja ó bengala del mismo color, aparece, por escotillón, en el fondo, ó por otro sistema que parezca mejor á la dirección, Luzbel.) *(Continúa la música.)*

ESCENA V

LUZBEL y CORO interior.

Luzbel puede aparecer y desaparecer por escotillón en el fondo del templo, ó por otro sistema que crea el más conveniente la dirección de escena.

HABLADO

Inútil es mi empeño y mis esfuerzos vanos;
 María ha recibido la santa bendición,
 huyamos, pues, del templo en que fulmina airado
 el rayo de su cólera el implacable Dios.
(Cruza un rayo la escena y desaparece Luzbel.)

MÚSICA

CORO INTERIOR

Huyamos todos
 pronto de aquí,
 de nuestra lucha
 se acerca el fin. *(Telón rápido.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO VI.—La derrota de Luzbel.

Decoración fantástica que represente el Palacio de Luzbel.
En el fondo y en el centro un sillón real.

ESCENA PRIMERA

LUZBEL *sentado en el sillón*; DIABLOS *a derecha e izquierda*.

MÚSICA

CORO DE DIABLOS

Con el furor satánico
del infernal espíritu
que nos impulsa indómitos
á lucha sin igual,
lancémonos de súbito
á la región etérea
y el trono del Altísimo
en ruinas se verá.

Guerra frenética
al poder célico;
marchemos réprobos
de esta mansión,
y hasta el Empíreo,
con ardor bélico,

lleemos fúnebres
la guerra á Dios.

BAILE (1)

HABLADO

LUZBEI., *levantándose, y dirigiendo la palabra á los diablos desde el sitio en que estaba.*

Si, guerra, guerra implacable
hagamos todos al Rey del Cielo,
que en esta ruda, tremenda lucha
los vencedores al fin seremos.
El hombre esclavo de sus pasiones,
de necio orgullo y ambición lleno,
será arrastrado por mi capricho
cual hoja seca que lleva el viento.
La Roma impia levanta altares
al fanatismo y al mal eterno,
y cuando miro, con alegría,
que á las pasiones, con furor ciego,
se entregan todos, joven y anciano,
sabio, ignorante, señor y siervo;
á nublár viene mis esperanzas
con su infinito poder inmenso,
el que le impuso á mi rebeldía
duro castigo con el destierro.
¡Oh, no se amengua mi furia loca,
que á mi alma inflama de envidia el fuego,
id, volad todos, volved al mundo,
guerra á los hombres y guerra al cielo!
(Se coloca en el centro de la escena, entre los diablos.)

MÚSICA

CORO DE DIABLOS

Guerra frenética
al poder célico.

(1) El bailable que corresponde en este lugar y que es de un gran efecto, puede suprimirse en los teatros en donde no haya cuerpo de baile, cortando la parte musical correspondiente.

marchemos réprobos
de esta mansión,
y hasta el Empíreo
con ardor bélico
llevemos, fúnebres,
la guerra á Dios.

(Váase los diablos por derecha é izquierda.)

ESCENA II

LUZBEL y el ARCÁNGEL SAN MIGUEL

HABLADO

LUZBEL. No me canso de luchar,
ni se amengua el valor mío.
No, ya al fin he de domar
su invencible poderío.

SAN MIG. *(Que aparece de repente por escotillon, por el fondo ó por un lado, envuelto en luz. Drumen! blanca ó bengala del mismo color.)*

Te ha contemplado el Señor
envuelto en nubes de fuego,
y te ha visto loco y ciego
alardear de valor.
Angel rebelde, no insistas
en tu temerario empeño;
Luzbel, tu empresa es un sueño
de la que espero desistas.
Si los hombres al pecar
desoyen á su conciencia,
Dios, en su santa clemencia,
hoy los quiere perdonar.
Calma tu ardor furibundo,
cesen tus ansias implas.

LUZBEL. Quiero impedir que el Mesías
Venga á redimir al mundo.

SAN MIG. Si no has podido impedir
la ceremonia del templo,
¿qué más elocuente ejemplo?
El Mesías ha de venir.

LUZBEL. *(Brisamente.)*

- SAN MIG. Disponte, pues, á luchar.
 Tu heroísmo no me aterra;
 muy pronto tendido en tierra
 bajo mis pies te has de hallar.
- LUZBEL. No me arredras ni me espantas;
 voy mi valor á probarte.
(Se dirige airado á San Miguel.)
- SAN MIG. No pretendas acercarte.
(Al acercarse Luzbel á San Miguel, cae humillado de rodillas ante el Arcángel que pone su pia derecha sobre el yencido, alzando la espada flamigera con la diestra mano.)
 te tengo bajo mis plantas.
- LUZBEL. ¡Maldición!
- SAN MIG. Se abate así
 tu ambición demente y ciega.
 La victoria que te niega
 Dios, me la concede á mi.
(Desaparece dejando breves instantes anonadado á Luzbel.)

ESCENA III

LUZBEL y diablos.

- LUZBEL. Espíritus infernales
(Acuden los diablos por derecha é izquierda.)
 acudid pronto á mis quejas;
 burlad el poder supremo
 de ese Dios que me atormenta;
 envolved á los mortales
 del pecado en las tinieblas;
 emplead en esta lucha
 de vuestra maldad la fuerza,
 logrando que la virtud
 á vuestras manos perezca,
 y declaremos al cielo
 guerra eterna.
- DIABLOS. *(Con rabia reconcentrada.)*
 ¡Guerra eterna!
(Váase Luzbel por el fondo y los diablos por los laterales porque salieron.)

CUADRO VII

La Anunciación.—Casa de María.

ESCENA PRIMERA

MARÍA sola, sentada en un escabel (1).

Todo yace en el reposo,
 ni un rumor turba la calma
 bendita que se disfruta
 en esta tranquila casa.
 De Isaías el profeta
 que al Mesías anunciaba,
 hoy vuelven á mi memoria
 todas las dulces palabras,
 de tal modo que parece
 que con mi sola esperanza
 y para siempre quedaron
 en mi corazón grabadas. *(Breve pausa.)*
 Se turba mi inteligencia
 y se extremece mi alma
 con un glorioso deseo;
 mas perdona á esta insensata... *(Alzando los ojos.)*
 ¡Dios mío, fuera locura
 aspirar á dicha tanta! *(Queda meditando.)*

ESCENA II

MARÍA y el ARCÁNGEL SAN GABRIEL (2)

(Durante el recitado de la siguiente salve, la orquesta ejecutará la melodía escrita para aquella.)

SAN GAB.

Dios te salve, María,
 mujer sagrada.

(1) Si la combinación de telones impidiese el empleo del escabel puede suprimirse éste.

(2) El Arcángel San Gabriel, que debe representarlo una niña de 10 á 12 años, puede aparecer pendiente de un alambre sujeto al telar ó por escotillón: pero es preferible que la aparición se haga de distinta manera que la de Luzbel.

por tus muchas virtudes
de Dios amada;
fragante rosa,
del jardín del Eterno
la más hermosa.

—
Llena eres de gracia,
dulce consuelo
con que calma tus ansias
Dios desde el cielo.
Pura María,
del que vive en pecado
sé norte y guía.

—
El Señor es contigo
desde este instante;
pero tú sigues siendo
pura y radiante
como la aurora
que con sus resplandores
al cielo dora.

—
Entre todas has sido
tú la elegida,
para dar á un Dios grande
la humana vida.
¡Oh, cuán gloriosa
es tu misión, María,
y cuán hermosa!

—
Bendito sea el fruto
de amor tan santo;
misteriosa pureza
sublime encanto.
Por él te adoran
los que tu inagotable
piedad imploran.
(Desaparece y cesa la melodía.)

ESCENA III

MARÍA *sola.*

Del Angel la anunciación
al posarse en mis oídos,
acelera los latidos
de mi amante corazón.
Si por tu santa elección
soy, Dios mío, la agraciada,
si por ti estoy destinada
á cumplir la profecía,
de mi alma se norte y guía,
pues á ti está consagrada.
Si la suma bondad eres
y me tienes reservado
el trono más elevado
de tus escogidos seres;
si entre todas las mujeres
la predestinada fui
queriendo fijar así
para siempre mi destino,
ilumina mi camino
para ser digna de ti.

CUADRO VIII.—Un plan diabólico.

Telón corto de gruta á fantástico.

ESCENA PRIMERA

LUZBEL *aparece por la derecha.*

La furia y la envidia destrozan mi alma
y á voces me piden que tome venganza
de María y José que disfrutan
apacible calma,
convirtiendo las horas dichosas
en otras de dudas, pesares, y lágrimas.

Entre los esposos sembrando cizaña
 aún puede vencerlos
 mi maldad satánica.
 En su mente encended genios míos
 fatídica llama
 mientras cruzo los negros espacios
 llevando discordias á su santa casa,
 Mónstruos infernales, dadme vuestras alas;
 Duda engañadora, vibra en mis palabras;
 negros celos que formáis mi corte,
 aumentad mi saña;
 volad todos y en sus almas puras,
 hundid vuestras férreas, invisibles garras.
 El mal que inspira me lleva á su casa
 allí realizarse podrá mi venganza,
 ni un momento de amante ventura
 disfruten en calma;
 hoy me alumbra en mi oculto designio
 un rayo brillante de viva esperanza.

CUADRO IX

Los celos de San José.—Casa de María.

ESCENA PRIMERA

SAN JOSÉ *aparece sentado en un escabel frente al sitio por donde aparece LUZBEL, de modo que éste resulte á su espalda.*

SAN JOSÉ. Luchando está el alma mía
 con una duda infernal,
 y temo, dudando, perder de María
 su amor celestial.
 Duda que en mi pecho ha entrado
 para hacerme la traición
 de haber con los celos crueles logrado
 turbar mi razón.
 Un vago presentimiento

que no me puedo explicar
y al que no dió vida ningún fundamento
me impulsa á dudar.

¡Oh, que terrible tortura!

¡Qué tormento tan cruel!

¡Dudar de María que es virgen y es pura!

LUZBEL.

(Apareciendo por escolillón rápidamente.)

María es infiel.

(Desapareciendo del mismo modo.) (Breve pausa.)

SAN JOSÉ.

No, no es tanta mi demencia

ni tanta su deslealtad.

LUZBEL.

(Apareciendo repentinamente por escolillón.)

Será en breve madre, su estado evidencia
su infidelidad.

(Desapareciendo de igual manera.)

ESCENA II

SAN JOSÉ solo.

(Después de una breve meditación.)

¿Esa voz? ¿Quién llega á mí
con denuncia tan cruel? *(Se levanta.)*

¿Quién puede juzgarla así

y quién la tacha de infiel? *(Breve pausa.)*

Y es indudable, á mi oído

una voz clara llegó

que el temor por mí sentido

en certeza convirtió. *(Breve pausa.)*

Dios mío nunca pensé

que la inocente María

mi amor y mi santa fe

pagase con tal falsía.

Mas si es cierta mi desgracia,

calla y sufre corazón;

sólo la divina gracia

puede calmar mi aflicción.

(Durante el número musical que sigue, medita San José sentado en el escabel.)

MÚSICA

CORO DE ÁNGELES (*Dentro.*)

Pura es tu casta esposa
la celestial María,
no empañes con la duda
su alma virginal,
vuelva la fe que en ella
depositaste un día
que es su virtud angelica
pura como el cristal.

*Continúa ejecutando la Orquesta la melodía escrita para este pasaje,
hasta que desaparece el Arcángel San Gabriel.*

ESCENA III

SAN JOSÉ y SAN GABRIEL (1)

SAN GAB.

Misericordioso
me manda á tí Dios,
Luzbel á tu espíritu
la duda llevó,
la envidia le abrasa,
no escuches su voz:
tu esposa es tan pura
cual la luz del sol;
la adoran los ángeles,
la escoje el Señor
que enlaza tu suerte
á su alta misión.
Digna es de la dicha,
de tu inmenso amor,
de la gloria eterna
aquella á quien Dios
destina á ser madre
del gran Redentor. (*Desaparece.*)

(1) Aparecerá San Gabriel por el procedimiento antes indicado ó por otro que juzgue mejor y más fácil la dirección escénica.

ESCENA IV

SAN JOSÉ y después MARÍA

SAN JOSÉ.

¡Qué dulce consuelo,
qué plácida calma!
El eco del cielo
resuena en mi alma.
Le escucho vibrar,
de nuevo me alienta,
la paz me devuelve,
las dudas ahuyenta,
mi espíritu vuelve
la fe á recobrar.

MARÍA.

(Por la derecha.)

Vengo en alas de mi amor,
presa de angustioso afán,
confiando en que cesaran
tus cuitas y tu dolor.
¿Qué horrible duda infundada
en tu corazón sembraron?
¿Qué pensamientos cruzaron
por tu mente conturbada?
Aunque nada me decías
y callabas receloso,
yo descubrí amado esposo,
tus mortales agonías,
y yo, en lágrimas desecha,
pensé, confiando en Dios,
que era indigna de los dos
esa maldita sospecha.
¿Quién pudo haberte inspirado
suposición tan malvada?

SAN JOSÉ.

(Abrazándola.)

Perdona, esposa adorada,
y olvidemos el pasado.
Tan sólo un sueño infernal
pudo turbar mi razón
con duda tan criminal
que abrumba mi corazón;
mas ya á mí vuelve la calma.

MARÍA. Y ha cesado mi martirio.
 SAN JOSÉ. Yo te adoro con delirio.
 MARÍA. Y yo con toda mi alma.
 SAN JOSÉ. Ahora, vamos prontamente
 á la aldea de Belén,
 próxima á Jerusalén,
 obedeciendo fielmente
 la orden del César.

MARÍA Si es
 tan preciso empadronarnos,
 no debemos retrasarnos.

SAN JOSÉ. Si, es preciso.

MARÍA. Vamos, pues.

CUADRO X.—La orden del César.

Telón corto de selva ó compuesto de bastidores de selva y horizonte de casas.

ESCENA PRIMERA

BATO y JUSEPE *por la derecha.*

JUSEPE. Hombre, no te desespere.

BATO. Calla, Jusepe, te digo
 que lo que á mi me sucede
 es para perder el juicio.
 Desde que casó José
 con María, estoy perdido;
 las mozas no me hacen caso,
 y los mozos más amigos
 siempre me están preguntando,
 pues que de burla les sirvo.
 si ha florecido mi vara
 y tengo ya muchos hijos.
 El otro día en el monte
 Benjamín me ha referido
 que tuvo un sueño, y me vió
 cabalgando en un borrico
 por el aire; ¿y cuál te crees

que era el asno? pues me dijo
que era mi vara de fresno.

(Cabalga cómicamente sobre ella.)

JUSEPE.

BATO.

¡Já, já, já!
Yo no me río;
y si se sigue burlando,
¿no sabes lo que te digo?
que voy á dejar memoria
en Benjamín del borrico.
Pero lo que yo más siento
es que por tonto he perdido
mi influencia con Rebeca.
Yo la dije, ella me dijo,
me ofendió, yo la ofendi,
y en un rato nos pusimos
que daba lástima vernos,
y ya estoy arrepentido.

(Breve pausa.)

¿Cómo vuelvo á conquistarla?

JUSEPE.

Si se casa con Blasillo!

BATO.

Luego es verdad que se casan?

JUSEPE.

Ella misma me lo ha dicho.

BATO.

Entonces le hablo á la Menga.

JUSEPE.

Su amor hace tiempo es mío.

BATO.

Entonces á la Susana.

JUSEPE.

Esa tiene ya destino;

con un primo va á casarse.

BATO.

Ahora todo me lo explico,
que el que se case con ella
debe de ser un buen primo.

(Breve pausa.)

¿De modo que no me caso?

JUSEPE.

Tú solo culpa has tenido
de lo que te ocurre.

BATO.

No;

la culpa es del diablo mismo
que instrumento quiso hacerme
de sus instintos malignos.
Pero te juro, Jusepe,
que si encuentro en mi camino
alguna vez á ese diablo,
á quien de mofa le servido,

le voy á romper los cuernos
á cachiporrazo limpio.

(Alzando la perra.)

JUSEPE.

(Mirando hacia la derecha.)

Calla, y mira á Benjamín
saltando de risco en risco,
que aquí viene presuroso.
¡Y cómo corre el maldito!

BATO.

ESCENA II

DICHOS y BENJAMÍN, que aparece corriendo por la derecha y dando muestras de sentir gran terror.

BENJAMÍN. Ven...ven...vengo Ba...ba...bato.

JUSEPE. ¿Qué ocurre?

BATO. ¿Qué ha sucedido?

BENJAMÍN. Aca...cabo yo de ver
al dia...diablo mis...mis...mismo,
que vie...vie...viene hacia aquí
con mu...muchos dia...diablillos.

JUSEPE. Ca...caramba.

BENJAMÍN. Co...corramos.

JUSEPE. Cu...cuernos.

BATO. Si... chi...chicos

(Forman un grupo, poseídos por el terror, casi sentados en el suelo.)

ESCENA III

DICHOS y LUZBEL, que aparece por la derecha, permaneciendo

BATO, JUSEPE y BENJAMÍN en la misma actitud, durante
el tiempo en que Luzbel habla.

LUZBEL. No importa, no, que huyais,
mi pensamiento os sigue,
mi espíritu os persigue,
que, al fin, he de lograr,
que réprobos seáis
y en vuestros corazones
se infiltren las pasiones
que os han de condenar.

Vosotros, torpemente,
mi causa hacéis, sin duda,
prestándole una ayuda
muy grande á mi poder.
Envueltos en mis redes
incautos os veréis
y así me auxiliaréis
y á Dios podré vencer.

ESCENA IV

DICHOS, menos LUZBEL, á poco el CENTURION, un porta-estandarte, un corneta y cuatro soldados.—Van descomponiendo el grupo paulatinamente hasta levantarse.

JUSEPE. ¿No dijiste hace un instante
que si encontrabas al diablo
ibas á tomar venganza
dándole un cachiporrizo?

BATO. Sí, mas como me ha cojido
la acción, tiempo no me ha dado
para nada, que si nó
nos vemos las caras.

BENJAMÍN. Vamos.

(Se oye el toque de un clarín.)

JUSEPE. Se oye el toque de de un clarín.

BATO. *(Mirando hacia la izquierda.)*

Y llegan aquí soldados.

BENJAMÍN. ¿Qué ocurrirá?

BATO. No lo sé.

JUSEPE. Marchemos.

BATO. No, detengámonos.

CENTURION. *(Por la izquierda y seguido por los soldados, delante de los cuales van el corneta y el porta-estandarte.)*

Oídme todos atentos,
moradores de estos campos,
que es preciso os enteréis
de las órdenes que ha dado
vuestro César, pues importa
obedecer su mandato.

JUSEPE. Pues ya podéis comenzar.

- CENTURIÓN. Es importante.
 BATO. ¿Y es largo lo que teneis que leer? porque yo pronto me canso.
 CENTURIÓN. ¡Silencio!
 BENJAMÍN. Calla, imprudente.
 BATO. No me da la gana, vamos.
 CENTURIÓN. Silencio, que el César habla.
 BATO. (Habla por boca de ganso).
 CENTURIÓN. (*Desenrollando un pergamino y leyendo.*)
 «Octavio Augusto, emperador de Roma, por el presente ordena que en el plazo de dos días, sin prórroga ni excusa, sin distinción de sexo ni de estado, vayan dos individuos por familia á sus pueblos natales, con encargo de encabezarse allí. Pena de muerte impone al que no cumple su mandato.»
 (*Otra toque de clarín. — Váase el Centurión y los soldados por la derecha.*)

ESCENA V

BATO, JUSEPE y BENJAMÍN

- JUSEPE. Ya ves que el César no se anda con chiquitas.
 BENJAMÍN. ¡Y habla claro!
 BATO. Poco y bueno. No hay remedio: á encabezarse, muchachos, ó si no nos descabezan, como dos y dos son cuatro.
 JUSEPE. Pero antes vamos al soto, que allí, nos esperan Bato, para comer unas migas y tomar algún descanso.
 BATO. Pues vamos allí primero, que se hace muy tarde.
 BENJAMÍN. Vamos.
 (*Váase por la izquierda.*)

CUADRO XI.—El Angel á los Pastores.

Selva á todo foro.—Practicables á derecha ó izquierda en el fondo.—
Un árbol á la izquierda.—El ganado ocupa los practicables.—Pas-
tores y zagalas forman varios grupos y están sentados, comiendo
y bebiendo.—En torno del árbol de la izquierda se hallan Rebeca,
Menga, Gila, Bato, Josepe y Benjamín (1).

ESCENA PRIMERA

REBECA, GILA, MENGHA, BATO, JOSEPE, BENJAMÍN,
PASTORES y ZAGALAS

MÚSICA

CORO GENERAL

PASTORES.	Teniendo abundante vino que beber, las noches se pasan alegres y bien.
ZAGALAS.	Teniendo unas migas buenas que probar. fugaces las horas volando se van.
PASTORES.	{ Queremos reir. queremos gozar, que las horas que el tiempo se lleva no vuelven jamás.
ZAGALAS.	

HABLADO

BATO. Ea, vamos á cenar.
JOSEPE. ¿Están ya las migas hechas?

(1) En este cuadro puede presentarse una cascada de agua natural, que es del mejor efecto en los teatros en que sea fácil producirla. La colocación del grupo principal debe ser la siguiente: En el centro Josepe; inmediatamente á su izquierda y derecha respectivamente Menga y Gila. La derecha del primer término la ocupará Bato y la izquierda Rebeca.

GILA.
BATO.

Hace un buen rato.

Estarán

tan frías como Rebeca.

(Con aflicción.)

Rebeca, por quien suspiro,
pasando la noche en vela;
por quien no como, ni duermo,
ni bebo vino. Rebeca,
que aunque tiene el genio fuerte,
es inocente y es buena;
Rebeca, que me entristece,
y Rebeca, que me alegra.
¡Rebeca del alma mía!
¡Ay, mi Rebeca!

JOSÉPE.
BENJAMÍN.
GILA.
MENGA.
MENGA.

(Burlándose.)

¡Ay, Rebeca!

Está el pobre arrepentido
de su conducta.

BENJAMÍN.

Le pesa

haberte tratado mal.

REBECA

Lo que me importa es la cena.

JOSÉPE.

Y á mí también.

(Se dirigen todos, menos Bato, al pie del árbol y se sientan.)

BATO.

¡Qué tragones!

Sólo en la comida piensan,
sin pensar en que yo pienso
en que en mí no piensa ella,
porque pensando me paso,
pastores, la vida entera,
y me falta...

JOSÉPE.

Un pienso bueno

para que recobres fuerzas.

BATO.

(Yendo en busca de Rebeca y con gran ternura.)

¿Me perdonas, Rebecuita?

GILA.

(Levantándose, seguida por Menga, Josépe y Benjamín, y rodeándolos.)

¿No lo perdonas, Rebeca?

MENGA.

Sí, perdónale.

BENJAMÍN.

Perdónale

ó de seguro se *emperra*,
y no hay migas esta noche
y nos quedamos sin cena.
Bueno. Bato, ven acá;
hinca la rodilla en tierra
y repite las palabras
que te diga.

(Se arrodilla Bato ante Rebeca.)

Enhorabuena.

Reconozco.

Reconozco.

Que soy un burro de veras.

Soy un burro. (Ya lo creo),

si eso ya nadie lo niega.

(¡Pobrecillo!) Alza, Batito... *(Con ternura.)*

(Levantándose y en igual modo.)

¡Rebequita!

(Id.) ¡Qué ternezas!

¡Qué dulzura! *(Burlándose.)*

¡Qué melosol! *(Id.)*

¡Qué bobada!

¡Qué tontera!

Pues que hicisteis ya las paces,

celebremos con la cena

vuestro enlace proyectado.

Poco á poco: ¿quién proyecta

casarse?

Rebeca y tú.

Lo proyectará Rebeca.

Yo no me caso con nadie.

¿Salimos ahora con esas?

Pues hombre, entonces, ¿á qué

hacer las paces con ella?

Porque la quiero.

¿La quieres?

¿Para qué?

Para quererla.

Pero como manda Dios,

A que el precepto obedezcas,

no me opongo; yo te quiero

lo mismo atada que suelta;

mas casarme... francamente.

REBECA.

BATO.

REBECA.

BATO.

REBECA.

BATO.

REBECA.

BATO.

JUSEPE.

GILA.

MENGA.

BENJAMÍN.

GILA.

JUSEPE.

BATO.

JUSEPE.

BATO.

REBECA.

JUSEPE.

BATO.

GILA.

MENGA.

BATO.

REBECA.

BATO.

hasta las *tiemblos me piernan*
si oigo hablar de matrimonio.
¿Estás loco?

JUSEPE.

GILA.

¡Qué simpleza!

(Se dirigen al árbol Jusepe, Gila y Menga.)

BENJAMÍN.

A comer vamos las migas
y daca la bota, Menga. *(Se la da.)*

(Forman el grupo en torno al árbol. Menga pone en medio las migas.)

REBECA.

Si, á comer, que ya es de noche,
y temo que si se empeña
en seguir hablando Bato
y cometiendo torpezas,
se me va á quitar la gana.

MENGA.

(Probando las migas.)

¡Buenas migas!

BATO.

(Id.)

Pero buenas. *(Bebiendo.)*

Un trago *(bebiendo)*, otro trago *(id.)*, y otro.

REBECA.

¡Borrachón!

BATO.

¿Qué me motejas?

JUSEPE.

¡Tres tragos!

BATO.

No extrañéis que

tres veces seguidas beba.

La primera fué por Gila,

la segunda por Rebeca...

Y la tercera por mí.

MENGA.

JUSEPE.

De modo que si estuvieran
presentes todas las mozas
de las cercanas aldeas,
á trago por cada una
dejabas las viñas secas.

(Breve pausa.)

Bueno, Bato, explicanos
por qué te asusta la idea
del matrimonio.

BATO.

Porque

muchos casados me cuentan

lo que les pasa y oírlos

me causa profunda pena.

(Con tono doctoral.)

El que se casa encantado
de la inocente doncella

porque tiene hermosos ojos,
 y sus dientes son de perlas,
 y sus manos son de nácar,
 y larga su cabellera,
 y su boca es chiquitita,
 y su nariz es perfecta;
 y es honesta y hacendosa,
 y es callada y es discreta,
 y vive sola en el mundo,
 ¿sabéis con lo que se encuentra
 al poco tiempo? Conque
 nada tiene de inocencia,
 conque es tuerta y es mellada,
 y sus manos son muy negras,
 y su nariz respingona,
 y su boca grande y fea,
 y es descocada, y es floja,
 y habla mucho, es indiscreta,
 y además tiene una larga
 é insufrible parentela.
 Porque la mujer engaña
 al hombre de tal manera,
 que temo que si me caso
 con una, para mi cuenta
 resulten dos, y si dos
 mujeres tener pudiera,
 acaso no me encontrara
 ni con una, ni con media,
 ni con nada, porque algunas
 se van y al marido dejan
 sin pellejo y sin dineró,
 con familia y sin vergüenza.
 Muy bien dicho.

BENJAMÍN.

GILA.

(No es tan tonto.)

JOSEPE.

¿Qué opinas de esto, Rebeca?

REBECA.

Pues yo opino.

BATO.

(Bebiendo.) Pues yo empino.

Esto contigo no reza.

(Se ilumina la parte de escena en que están y aparece el Arcángel San Gabriel.)

(1) Puede aparecer el Arcángel, entreabriéndose las ramas del árbol, que se cerrarán cuando desaparezca aquél.

ESCENA II

DICHOS y el ARCÁNGEL SAN GABRIEL

- JOSÉPE. ¡Dios Santo! ¡Qué aparición!
(Vuelven los ojos los pastores al sitio en que aparece el Arcángel y permanecen asombrados hasta que desaparece.)
 ¡Un ángel!
- MENGA. ¡Bendito sea!
(Durante las palabras del Arcángel ejecuta la orquesta la melodía escrita ad hoc.)
- SAN GAB. Realizando el mayor bien,
 cumpliendo las profecías,
 ha de nacer el Mesías
 en un portal de Belén.
 Corred todos á llevar
 vuestras ofrendas mejores;
 acudid pronto, pastores,
 el suceso á celebrar.
(Desaparece.)

ESCENA III

DICHOS, menos SAN GABRIEL

- (Se leenían todos.)*
- BATO. El Mesías va á nacer.
 REBECA. ¡Qué alegría!
- MENGA. ¡Qué contento!
- GILA. Yo le quiero conocer.
 JOSÉPE. Vamos todos al momento.

MÚSICA

MENGA Y CORO GENERAL

- CORO. Pastores y pastoras,
 vamos en romería
 con cantos de alegría
 al cercano Belén.

que en un portal humilde
el que es Rey de los Reyes.
cumpliendo santas leyes,
muy pronto ha de nacer.

Que canten una copla
y vamos á bailar.
Que canten, sí, que canten:
pues corro, y escuchad.
Si el Niño que el Ángel
nos vino á anunciar,
escoge por cuna
un pobre portal,
desde hoy para todos
la santa humildad,
el trono más alto
del mundo será.

MENGA.

Coro.

Muy bien por la Menga.
Pastores, bailad.

(Bailan.)

Llevemos á ese Niño
ofrendas como á un Rey,
zagalas y zagales
marchemos á Belén.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO XII.—El sueño de Bato.

Selva corta.—En la izquierda y un poco más alta que el nivel de la escena, una cabaña cuyo interior sea visible para el público. Al alzarse el telón aparecen Rebeca y Bato recostados dentro de la cabaña, la primera á la izquierda y el segundo á la derecha.

ESCENA PRIMERA

REBECA y BATO

- REBECA. ¡Qué noche! ¡Qué soledad!
- BATO. Yo no puedo hallar descanso.
mi cabeza está revuelta,
he tenido un sueño malo,
pero muy malo, Rebeca.
- REBECA. Déjate de sueños, Bato.
- BATO. ¡Que los deje! Que me dejen.
debes decir. He soñado
contigo y con el demonio,
que es lo mismo para el caso
soñar contigo ó con él.
Y si de dudas no salgo
y me tranquilizo pronto,
yo, Rebeca, no me caso;
francamente, no me atrevo
porque ya estoy escamado.
- REBECA. Los sueños fueron la causa.

- BATO. Las mujeres.
- REBECA. No, los diablos,
que hace tiempo te trastornan,
porque eres crédulo y cándido,
y les sirves de instrumento
para sus planes malvados.
- BATO. No, es que esta noche en mi oído
voces de alarma sonaron,
que me han dicho que me engañas,
que de mí te estás burlando,
que no me quieres, Rebeca,
porque amor a otro has jurado.
- REBECA. No hagas caso de esas voces,
y duerme tranquilo, Bato.
Te aseguro que mintieron
de cuanto de mí te hablaron.
Duerme, pues, que yo también
necesito algún descanso
para ir a Belén después
a ver si se ha realizado
el nacimiento que el ángel
nos anunció.
- BATO. Bien, durmamos.
(Se acuestan del todo.)
Si roncase, me despiertas,
que no me gusta el escándalo.
- REBECA. ¿Y si sueñas?
- BATO. Pues si sueño
la emprendes conmigo a palos.
- REBECA. ¿Contigo?
- BATO. Sí, por si tengo
dentro de mi cuerpo al diablo.
(Hace pausa.)
¡Y hace frío!
- REBECA. Tengo miedo...
(Empiezan a verse en torno de la cabaña varios luces semejantes a los fuegos fatuos.)
- BATO. ¡Qué cobarde eres!
(Observando las luces.)
¡Cumastos!
¿No ves esas lucecitas
que nos están rodeando?

REBECA. *(Mirándolas.)*
 ¡Parecen almas en pena!
 Cerremos los ojos, Bato.
(Fingen dormir.)

ESCENA II

DICHOS y DIABLOS, *que aparecen por distintos términos de la escena, cautelosamente, rodeando la cabaña.—Se retiran las luces.*

MÚSICA

CORO DE DIABLOS

Bato, no te fies;
 Bato, que te engañan;
 Bato, que Rebeca
 de un zagal está ya enamorada.
 Mira que se va
 á reir de ti;
 que ella sabe bien
 en amor mentir.
 Bato, no la escuches;
 Bato, que es muy mala;
 Bato, que te dice
 mil embustes en cada palabra.
 Mira que es cruel,
 que se burle así,
 y nos vas á dar
 mucho que reir.

(Retíranse los diablos como entraron.)

HABLADO

ESCENA III

REBECA y BATO

BATO. *(Levantando lentamente la cabeza hasta conocerse de que están solos.)*

Ya se fueron.

REBECA. *(Después de hacer el mismo juego que Bato.)*

Y callaron.

- BATO. ¿Has visto cosa más rara?
Me han quemado las narices
y chamuscado la barba,
y me han dicho que te burlas
de mi amor y que me engañas.
(Se levantan.)
- REBECA. Pero tú habrás despreciado
acusaciones tan falsas.
- BATO. No sé lo que hacer.
- REBECA. Pues mira
que es el diablo el que las fragua
y va Dios á castigarle.
- BATO. Su persecución me carga.
¡Vamos, no será posible
(Adelantándose al centro de la escena.)
que pueda romperle un asta
á ese diablillo travieso
que en todas partes me asalta
y me reparte papeles
en sus diabólicas farsas?
(Indignado y alzando la porra.)
Se me acabó la paciencia:
¿dónde están esos fantasmas?
(Furioso.)
El primero que aquí venga
todas juntas me las paga.

ESCENA IV

DICHOS, JUSEPE y GILA

- JUSEPE. *(Dentro.)*
Bato, Rebeca.
- REBECA. ¿No escuchas?
- BATO. *(Con miedo.)*
Vaya si lo oigo, ¡caramba!
¿Quién será?
- REBECA. Tú, alza la porra,
que puede ser un fantasma.
- BATO. *(Pensativo.)*
Lo mejor es que la oculte;

sí. Rebeca mía, guárdala.

(Se la entrega.)

no es conveniente que vean
que de reñir tengo ganas.

JUSEPE.

(Por la derecha, seguido por Gila.)

Al fin nos vemos.

BATO.

(Perdiendo el miedo.)

(¡Respiro!)

Vinimos á esa cabaña

y un frío grande...

REBECA.

Y un miedo

más grande que el frío...

GILA.

Acaba.

REBECA.

Nos ha impedido dormir.

BATO.

Y nos obligó á dejarla.

JUSEPE.

Pues nosotros dos tampoco

hemos dormido. Yo estaba

durmiéndome, cuando Gila

llegó á mí tan apenada

y tan llorosa, que al punto

quise conocer la causa

de su profunda aflicción.

¡Es tan buena esta muchacha!

REBECA.

¿Y por qué lloraba así?

GILA.

Por compasión y por lástima.

En esta noche inclemente

María y José no hallan

un albergue en que guardarse

de los vientos y la escarcha.

JUSEPE.

Los he visto hace un momento

rendidos, sin esperanzas;

ella en ese estado que

tantos cuidados reclama,

y él con el cuerpo sin fuerzas

y sin alientos el alma;

y hemos venido en tu busca

por si quieres auxiliarla.

Tú tienes conocimientos.

y aunque no hay casa cercana

donde llevarles, tú puedes

buscarles una morada,

conducirlos á un meson.

REBECA. Al instante.
 BATO. Vaya, vaya.
(Afligido.)
 que me vais á hacer llorar
 contándome su desgracia.
 GILA. Al principio del camino
 los dos sentados aguardan.
 BATO. Pues voy corriendo.
 REBECA. Corriendo,
 que Rebeca te acompaña.
(Fúase por la izquierda.)

CUADRO XIII.—El Mesonero.

Selva corta.—A la izquierda, en primer término, la fachada de un Mesón con puerta y ventana sobre aquella, practicable.

ESCENA PRIMERA

LUZBEL y EL MESONERO

(Salen por la puerta del Mesón, el segundo detrás del primero, Luzbel disfrazado (1). Relámpagos y truenos.)

MESONERO. ¿Pero ya os vais?
 LUZBEL. Sí, que aún
 estoy muy lejos del pueblo
 y tengo mucho que andar.
 MESONERO. Que os marchéis tan pronto siento,
 (porque no hace ningún gasto
 y es para pagar espléndido).
 LUZBEL. La noche está tempestuosa
 y me temo un mal encuentro.
 MESONERO. Esta es gente muy pacífica.
 LUZBEL. No lo creáis.
 MESONERO. Sí, lo creo.
 LUZBEL. Andan por esos caminos

(1) Luzbel debe vestir en esta escena, sobre su traje *infidéllico*, un sayal con capuchón que no permita ver a aquél.

gentes de muy mal aspecto
y lo que es yo, en tu lugar,
esta noche, por lo menos,
no daba á nadie posada
aquí, por ningún pretexto.

MESONERO.

Está tan mala la noche
que fuera inhumano hacerlo.

LUZBEL.

Pues muéstrate compasivo,
recibe á los forasteros
y después que no te paguen
el gasto que dejen hecho,
aún te robarán tu vino,
tus ropas y tu dinero.

MESONERO.

La verdad es que la noche
sólo está buena para eso.

(Continúan los reldmpagos y truenos.)

LUZBEL.

Voy á decírtelo todo.

Al venir de aquí, no lejos,
hablando estaban de darle
hoy un golpe á un mesonero
varios hombres y mujeres.
Por si es á tí, te lo advierto.

MESONERO.

Páguele Dios el aviso.
Señor, que yo le prometo
que no recibo en mi casa
más á ningún forastero.

LUZBEL.

(Eso es lo que yo quería.)

MESONERO.

Me voy, porque tengo miedo.
Buen viaje.

LUZBEL.

Vé en paz.

MESONERO.

Por hoy
gracias á éste nada pierdo.

(Entra en el mesón.)

ESCENA II

LUZBEL solo.

(Quitándose la capucha.)

Contra todos mis designios
su poder desata el Cielo.

La fatalidad, sin duda,

me persigue en cuanto intento
 En el alma de José
 inspiré discordia y celos,
 y un poder que al mío humilla
 los trocó en amor inmenso.
 Pero cuando los esposos
 lleguen aquí sin aliento,
 se negará á recibirlos
 en su casa el mesonero.
 Aun no me doy por vencido.
 ¡Noche, tiende el negro velo,

(Relámpagos más vivos y truenos más fuertes.)

vibre de abismo en abismo
 el ronco mugir del trueno;
 iluminen de María
 el peligroso sendero
 los rayos y los relámpagos
 de los antros de mi averno!

(Mirando hacia la derecha.)

Pero por allí se acercan,
 y pues preparado dejo,
 en su daño, el corazón
 de ese imbécil mesonero,
 huyo, que no quiero hallarme
 ni un instante enfrente de ellos.

(Vase por la izquierda.—Sigue la tempestad con más fuerza.)

ESCENA III

MARÍA, SAN JOSÉ, REBECA y BATO *salen por la derecha, la primera apoyada en los brazos de San José y Rebeca. Siguielos Bato.*

SAN JOSÉ. Ten ánimo, esposa mía.

MARÍA. ¡Ay José, mi amado esposo,
 no puedo!

SAN JOSÉ. Toma reposo
 un breve instante, María.

REBECA. Aquí encontraréis posada
 y descanso en el mesón.

BATO. (Me dá mucha compasión
 mirarla tan fatigada.)

Cuánto siento no poderla
ningún reposo ofrecer.
Y yo, Bato, no tener
una choza en que acogerla.
Voy á llamar. Con razón
pedimos les abran pronto.
Veo...

REBECA.

BATO.

REBECA.

BATO.

REBECA.

¿Qué?

Que aunque eres tonto

no tienes mal corazón.

BATO.

¿Pues qué, llegaste á creer
que tenía el alma seca?

Quiéreme un poco, Rebeca,
y verás si sé querer.

MARÍA.

En Dios confío y espero.

SAN JOSÉ.

El te aliente, esposa amada.

REBECA.

(¡Qué humilde y qué resignada!)

BATO.

(Llamando á la puerta del mesón)

¡Ah del mesón!... ¡Mesonero!

ESCENA IV

DICHOS y EL MESONERO, asomado por la ventana con un
candil encendido.

MESONERO.

¿Quién se atreve ahora á llamar?

SAN JOSÉ.

Si un pobre á piedad le mueve...

MESONERO.

Conque es un pobre y se atreve
el sueño mío á turbar.

REBECA.

Derecho á pedir posada
lo tiene cualquier viajero.

MESONERO.

El que no traiga dinero
no tiene derecho á nada.

MARÍA.

Tened de mí compasión. (Desalentada.)

SAN JOSÉ.

Recibidnos, por piedad.

MESONERO.

Con obras de caridad
no se sostiene el mesón.

BATO.

¿Qué dice?

REBECA.

Cálmate, Bato.

SAN JOSÉ.

Abrid pronto, por el Cielo.

MESONERO.

Que se acuesten en el suelo
y les saldrá más barato.

- BATO. ¿Bajas de grado, ó sin gana?
 MESONERO. Nunca, pastor insolente.
 BATO. O abres inmediatamente
 ó entramos por la ventana.
 MESONERO. No lo podrás conseguir.
 BATO. Espérate y lo verás.
 MESONERO. Es que en bajar tardarás
 lo que tardes en subir.
 BATO. Intratable mesonero.
 que apostado en el camino,
 envenenas con tu vino
 y robas al pasajero...
 MESONERO. Pastor charlatán y bobo,
 que al punto que á tu amo dejas.
 le robas tú las ovejas
 y le echas la culpa al lobo.
 BATO. Ladroncillo impertinente,
 que del robo por instinto.
 sabe hacer el vino tinto
 con el agua de una fuente...
 MESONERO. Y tú me llamas ladrón,
 usando tan malos modos,
 porque piensas que son todos
 de tu misma condición.
 BATO. ¡Inhumano!
 MESONERO. ¡Deslenguado!
 BATO. ¡Mal corazón!
 MESONERO. ¡Insolente!
 BATO. ¡Así se seque tu fuente!
 MESONERO. ¡Así enferme tu ganado!
 BATO. ¡Así estés pobre y mal visto!
 MESONERO. ¡Así caigas mal y pronto!
 ¡Quiera Dios volverte tonto!
 BATO. ¡Dios haga no seas tan listo!
 MESONERO. Me marchó, que truena y llueve...
 BATO. Y yo, que mi calma es harta.
 MESONERO. ¡Adiós, que un rayo te parta!
 BATO. ¡Adiós, que el diablo te lleve!
- (Se retira el mesonero cerrando la ventana.)*

ESCENA V

MARIA, REBECA, SAN JOSE y BATO

BATO. ¡Que no se incendie el mesón! (*Indignado.*)
 MARÍA. No pensemos más en esto.
 Dios lo tiene así dispuesto.
 Tengamos resignación.
 BATO. ¡Qué paciencia angelical!
 SAN JOSÉ. Maria, mi dulce bien.
 REBECA. Muy cerca ya de Belén
 hallaremos un portal.
 un establo y paja seca.
 serviros podrán de abrigo.
 Venid, Maria, conmigo.
 BATO. Guíanos pronto, Rebeca.
 SAN JOSÉ. Vamos, que la noche avanza.
 MARÍA. Dame tu brazo, José,
 no te abandone la fe,
 y ten en Dios confianza.

CUADRO XIV.—Los Reyes Magos.

Solva corta

ESCENA PRIMERA

Aparecen sentados GILA y MENGÁ a la derecha; JUSEPE
 y BENJAMÍN a la izquierda.

GILA. ¡Vaya una noche!
 MENGÁ. ¡Horrorosa!
 BENJAMÍN. Hace un frío extraordinario;
 Para andar por los caminos
 como estos días andamos,
 no puede hacer peor tiempo.
 JUSEPE. Pero si era necesario
 cumplir la orden del César

- y venir á empadronarnos...
 ¿Qué hemos de hacer? Pasar fríos
 y será lo menos malo.
- GILA. El caso es que ya se dió
 cumplimiento á su mandato
 y que hemos quedado todos
 en el pueblo empadronados.
- BENJAMÍN. ¿Y sabéis lo que se dice?
 ¡Tantas cosas!
- JUSEPE. ¡Se habla tanto!
- MENGA. Que el Rey Herodes se encuentra
 estos días preocupado
 y que lleva allá muy dentro
 algún pensamiento malo,
 y están en Jerusalén,
 sin saber por qué, temblando.
- BENJAMÍN. ¿Eso dicen?
- MENGA. ¿Qué tendrá?
- GILA. Ambiciones de tirano.
- JUSEPE. Temores de poderoso.
- MENGA. Remordimientos, acaso.
- BENJAMÍN. Más me da á mí que pensar
 que no haya venido Bato.
- JUSEPE. Rebeca tampoco vino
 y me temo...
- BENJAMÍN. No es extraño.
- GILA. Encontré de aquí muy cerca,
 juntos á Rebeca y Bato
 que á José y María iban
 por la trocha acompañando,
 y según dijo Rebeca,
 Bato estaba incomodado
 por no se qué de un mesón
 y un mesonero inhumano,
 y había formado propósito
 de no venir á buscarnos
 hasta dejar á María
 y á José bien alojados.
- JUSEPE. Entonces hablarán mucho.

ESCENA II

DICHOS, REBECA y BATO

BATO. *(Por la derecha, seguido de Rebeca.)*
No, por cierto, que aquí estamos.
(Se levantan todos.)

BENJAMÍN. Vaya, no falta ya nada.
Podemos, por fin, marcharnos.

REBECA. Bato y yo tenemos frío
y venimos muy cansados.

JOSÉPR. Pues por dar gusto á Rebeca,
sentémonos otro rato.

(Vuelven á sentarse, colocándose en medio Rebeca y Bato.)

GILA. ¿Conque á los pobres esposos
habéis ido acompañando?

BENJAMÍN. ¿Pero hombre, y aquella envidia
que te dió verlos casados?

BATO. Yo no tengo envidia á nadie,
que hoy debo ser envidiado.
¿Que él se casó con María?
Pues sea por muchos años.
Ya se reducen á dos
todas las cuentas de Bato.
Una cobrar en cariño
y otra pagar en agravios.
En la primera figuran
mi Rebeca y mi rebaño,
y en la segunda el ventero,
los que os burlásteis y el diablo.

MENGA. Bien por Bato.

REBECA. Muy bien dicho,
y eso que me has comparado
á tus ovejas.

BATO. ¿Y qué?

¿Vas á armarme otro regaño?

REBECA. No, Bato: en cuestión de boda
lo mejor es no pensarlo.

JOSÉPR. ¿Pero hombre, y á los esposos,
dónde los habéis dejado?

- REBECA. Bien hubiéramos querido
ofrecerles un palacio;
pero ni una mala choza
hallar pudimos al paso.
María iba fatigada,
medio muerta de cansancio,
y ya cerca de Belén
vimos un mísero establo
y allí entraron. Estarán,
al menos, bajo techado,
y no pasarán la noche,
con estos frios, al raso.
- JOSEPE. Vamos, para estar los dos
tontos como enamorados,
no habéis empleado mal
el tiempo.
- BATO. Pues está claro,
que en obras de caridad
ésta me enseña á emplearlo.
- BENJAMÍN. *(Mirando hacia la izquierda.)*
¿Quién corre?
- GILA. *(Levantándose y mirando al mismo punto.)*
¡Si es Pascualillo!
¡Qué revoltoso y qué malo!
Siempre ha de venir corriendo.
- JOSEPE. *(Levantándose y haciendo lo mismo Menga y Benjamín.)*
Parece que está asustado.

ESCENA III

DICHOS y PASCUALILLO (1), que sale corriendo alegremente
por la derecha.

- BENJAMÍN. ¿Qué tienes?
- GILA. ¿Quién te seguía?
- MENGA. Cuenta.
- JOSEPE. Habla.
- BATO. Pareces bobo.

(1) El papel de Pascualillo puede confiarse á una niña ó á un niño
siempre que su edad no pase de los diez años

- JUSEPE. ¿Has visto al lobo?
 PASCUALI. ¿Yo al lobo?
 Si no es susto, es alegría.
 BATO. ¿Y por qué?
 PASCUALI. Porque al pasar
 he visto...
 REBECA. ¿Sí? ¿Qué?
 PASCUALI. Una cosa...
 BATO. ¿Pero cuál?
 PASCUALI. La más hermosa
 que os podéis imaginar,
 GILA. Pero chiquillo, habla pronto.
 JUSEPE. Ya me tienes impaciente.
 PASCUALI. ¿Con que queréis que lo cuente
 y después llamarme tonto?
 BENJAMÍN. No me reiré de tus cuentos.
 JUSEPE. Hasta el fin te escucharé.
 ¿Hablas ó nó?
 PASCUALI. Sí, hablaré.
 BENJAMÍN. Pues escuchémosle atentos.
 PASCUALI. Al cruzar el valle vi
 una estrella muy brillante
 que un fulgor claro y radiante
 iba dejando tras sí.
 Por su clara luz guiados,
 del monte por los senderos,
 caminaban tres viajeros
 ricamente engalanados.
 Y pues antes que los otros
 todo esto vió Pascualillo,
 decidme si este chiquillo
 no vale más que vosotros.
 JUSEPE. ¿Pero de dónde has sacado
 tú semejante portento?
 REBECA. Eso es un cuento.
 BENJAMÍN. Si, un cuento.
 BATO. Pascualillo, tú has soñado.
(Aparece la estrella por la derecha.) (1).
 GILA. ¿Qué claridad!
 REBECA. ¿Es la estrella!

(1) Esta estrella, si no puede aparecer realmente, debe indicarse con un reflejo de luz Drumont.

JOSÉPE. ¡Qué divino resplandor!
 BATO. ¡Qué incomparable fulgor!
 REBECA. ¡No vi nunca otra mas bella!

ESCENA IV

DICHOS *y á poco los Reyes* GASPAS, MELCHOR
 y BALTASAR.

JOSÉPE. ¡Qué viva y resplandeciente!
 BATO. Lo sorprendente del caso
 es que brilla en las tinieblas
 con resplandores extraños.
 REBECA. ¡Es un aviso del cielo!
 BENJAMÍN. Lo es, pastores, sí, postraos,
 ante una luz que las sombras
 de la noche ha iluminado.
 PASCUALILLO. *(Corriendo al término por el que se ve la estrella.)*
 Venid, pastores, venid.
 GILA. ¡Rebeca!
 REBECA. *(Viendo á reunirse con Pascualillo.)*
 ¡Josépe!... *(Con éguat juego.)*
 JOSÉPE. ¡Bato!
 Mirad todos, que se acercan
 en tres soberbios caballos
 tres señorones que deben
 ser reyes, pues traen esclavos.
 REBECA. ¿Cómo esclavos? no lo creas.
 En mi opinión son criados.
 BATO. Servicio y esclavitud
 son, cuerdamente, pensando
 iguales, porque el que manda
 del que le sirve es tirano.
 Pero calla, que aquí vienen
 ya los tres.

JOSÉPE. Sí, á retirarnos,
 porque nuestro atrevimiento
 pudiera costarnos caro.

(Aparecen por la derecha los Reyes Gaspar, Melchor y Baltasar, montados en caballos ricamente enjaezados, que irán conducidos por esclavos.—Los dos esclavos del Rey negro Baltasar, deberán de ser negros.)

- REY GASP. Salud, pastores: de lejanas tierras
venimos á estos valles, sin cansancio
hemos hecho tan larga travesía
porque esa luz guiaba nuestros pasos,
con sus vivos reflejos, infundiendo
aliento en nuestras almas y entusiasmo.
- REY MELCH. Esa estrella nos trae aquí pastores
y á Belén prontamente ha de llevarnos,
para que al Rey de Reyes, de Dios Hijo,
que esta noche ha nacido en un establo,
adoración prestemos y tributo
de respeto y cariño le ofrezcamos.
- REY BALT. Mucho me extraña que no hayáis corrido
á celebrar suceso que es tan fausto.
¿Qué hacéis aquí? Perdiendo estáis el tiempo
que ya en Belén debieráis emplearlo
adorando al Mesías verdadero
al que á acatar ván hoy tres soberanos.
- BATO. No me parece bien que este negrito
nos trate así á nosotros siendo blancos.
¿Sabéis por qué á Belén aún no hemos ido?
- REY BALT. No lo sabemos, no.
- BATO. Pues es muy claro.
Porque ningún pastor de estas comarcas
dispone de un camello ó de un caballo
para ir descansado á cualquier parte.
Caminamos á pié y con gran trabajo,
subiendo cuestas y saltando montes,
con la bota sin vino, y paso á paso.
¿Y el cojo, no sabéis cómo camina?
Pues con un solo pié y así, á saltos.
(Dando saltos ridículamente.)
- JOSEPE. ¡Bien dicho!
- BATO. ¡Ya lo creo!
- BENJAMÍN. ¡Y oportuno!
- REY GASP. Me gusta tu franqueza, amigo Bato.
Pastores, á Belén: llevemos todos
al niño Dios ofrendas y agasajos,
que ha de ser el Mesías prometido,
la salvación del mundo y el amparo.
- (Vánse los Reyes por la izquierda.)*
- BATO. Pastores, á Belén vayamos todos.

REBECA.
JOSEPH.

Corramos presurosos.

Sí, corramos.

(Váase detrás de los Reyes.)

CUADRO XV.—A Belén.

Selva corta.

ESCENA PRIMERA

PASTORES y ZAGALAS *por la derecha.*

MUSICA

CORO

Va á nacer el Mesías.
del mundo único Rey;
una radiante estrella
de viva esplendidez,
guía á tres Reyes Magos
al portal de Belén.
(Váase por la izquierda.)

ESCENA II

LUZBEL *solo, por la derecha.*

HABLADO

¡Oh, es cierto, me ha vencido; me abandonan
las fuerzas, de luchar estoy cansado;
mi derrota es tan grande, que mis huestes
huyeron de estos valles y estos campos!

(Con desaliento.)

Solo estoy ya. *(Transición.)* Mas no he de perder nunca
el odio y el rencor que me inspiraron
las grandezas de un Dios que me persigue
y en guerra gigantesca me ha humillado.

(Vase por la derecha.)

CUADRO XVI

El Nacimiento y la Adoración.

Campo á todo foro. — En el fondo y en el centro una cabaña y un establo, en el que aparece la figura del Niño-Dios recién nacido. A la derecha é izquierda de éste, respectivamente, María y San José sentados. Una mula cerca de San José y un buey cerca de María. Amanece.

ESCENA PRIMERA

MARÍA y SAN JOSÉ

MARÍA. *(Abrigando al Niño con su manto.)*
 ¿Qué encanto?
 SAN JOSÉ. ¡Es una beldad!
 MARÍA. Hijo de un divino amor.
 SAN JOSÉ. Así ha premiado el Señor
 tu santa fé y mi humildad.
 Muy pronto del nuevo día
 con los primeros albores
 vendrán aquí los pastores
(Rumores cercanos.)
 á festejarnos, María.
 Anuncio de su alborozo
 son los cercanos ruidos
 que llegan á tus oídos.
 MARÍA. No cabe en mi pecho el gozo.

ESCENA II

DICHOS, REBECA, JUSEPE, BATO, MENGÁ, GILA,
 BENJAMÍN, PASCUALILLO, PASTORES y PASTORAS
con ovejas, penderas, sambombas y varias otras ofrendas. Se distribuyen convenientemente por la escena, ocupando la izquierda las figuras principales.

BATO. ¡Vedlos aquí!
 REBECA. ¡Qué dichosa
 es la suerte de los dos!

- JOSÉPE. *(Con gran alegría.)*
 ¡Este es el Hijo de Dios!
- MENGA. ¡Qué criatura más hermosa!
- BATO. Acerquémonos, pastores,
 alegres y presurosos
 á brindar á los esposos
 nuestras ofrendas mejores.
- REBECA. Dios te bendiga, María, *(Acercándose.)*
 y te colme de ventura,
 ya que el sol desde la altura
 preside tanta alegría.
(Se postra ante el establo.)
 Si riquezas no me deja
 ofrecerte la fortuna,
 hoy al adorar tu cuna,
 admite esta blanca oveja.
(Deposita á los pies de María una oveja blanca.)
- BATO. Ampara y guía mi amor,
 Niño-Rey del mundo entero,
 y recibe este carnero,
 pobre ofrenda de un pastor.
(Se postra como Rebeca y entrega el carnero.)
- BENJAMÍN. De los panales mejores
 traigo la miel fresca y pura,
 que ha tomado su dulzura
 del aroma de las flores.
(Se postra y entrega el panal.)
- JOSÉPE. No contemples con desdén
 estas muestras de cariño
 conque te adoran, Dios-Niño,
 los pastores en Belén.
(Se postra como los demás y hace otra ofrenda.— Se acercan varios pastores imitando á los anteriores y hacen sus ofrendas.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y los REYES GASP. MELCHOR y BALTASAR
 que salen por la derecha montados en sus caballos, al compás de la
 marcha que ejecuta la orquesta. Descienden de los caballos que son
 retirados por los esclavos y se colocan á la derecha.

JOSÉPE. Los Reyes vienen.

BATO. Me alegro,
 me place su adoración,
 su lujo y ostentación;
 el que me carga es el negro.
(Salen los Reyes.)

REY MELCH. *(Acercándose al establo.)*
 Desde el abrasado Oriente,
 por una estrella guiado,
 hasta Belén he llegado,
 y á tí vengo humildemente.
 Doblando la altiva frente,
 tu gloria divina adoro,
 y de mi rico tesoro
 y mi admiración en prenda,
 recibe mi amante ofrenda
 y admite el brillante oro.

(Le ofrece á María una caja dorada.)

REY GASP. Para adorarte he venido
 desde Oriente hasta Belén,
 faro del eterno bien
 á los hombres prometido.
 Divino recién nacido
 que al mundo tiene en suspenso,
 en prenda de amor inmenso,
 sin mezcla de mancha alguna,
 lleguen á tu humilde cuna
 los aromas del incienso.

(Ofrece postrado un pedelero.)

REY BALT. Incomparable Mesías,
 que naciste en un portal
 para librarnos del mal
 y cumplir las profecías.

Lleguen las ofrendas más
hasta tu gloria esplendente,
y besen tu pura frente.
de la *mirra* los olores,
con que te brindan las flores
más hermosas del Oriente.

(Entrega una caja dorada.)

BATO.

Se han llegado á realizar
todas nuestras esperanzas.

REBECA.

Con cantares y con danzas
lo debemos celebrar.

MUSICA

CORO Y VILLANCICOS

Ese niño que ha nacido
dando ejemplo de humildad,
y que siendo Rey del mundo,
tiene por cuna un portal,
es el Mesías divino
que aguardamos con afán.
Con ofrendas y dones debemos
su gloria admirar.

(Se ilumina la escena con luces de bengala.)

A ese hermoso Niño
que nos manda Dios,
y de nuestras culpas
será el Redentor.
Ofrezcamos todos
como rico don,
nuestras almas llenas
de místico amor.

—

Al son de la zampoña,
la flauta y el rabel,
la gaita y el pandero,
de ese niño gentil
festejad la promesa

que el Cielo cumple fiel,
con cantos de alegría
y baile pastoril.
(*Bailan.*) (1)

TRILÓN LENTO

FIN DEL AUTO SACRO

(1) Este baile debe ser una sencilla danza, que puede poner á su gusto el director de escena con arreglo á la música escrita para este bailable.

PUNTOS DE VENTA

En una de las correspondencias y subcorrespondencias de España y Ultramar.

Pueden también hacerse las pólizas de seguro directamente a los SEPTORES, entregando en importe en sellos de franqueo o libranza, sin cuyo requisito no serán servidos.